

APEGO, ADOPCIÓN Y escolaridad

MAITE ROMÁN Y JESÚS PALACIOS GONZÁLEZ

Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación

Facultad de Psicología. Universidad de Sevilla

maiteroman@us.es y jp@us.es

La adopción implica una discontinuidad en las figuras de cuidado que afecta directamente al desarrollo emocional de los niños y niñas que pasan por esta experiencia. Sin embargo, el mundo de nuevas relaciones que empezarán a construir estos menores tras la adopción no se restringe a la vinculación con madres y padres adoptivos, sino que los nuevos espacios en los que participarán pueden contribuir a reforzar la seguridad emocional de adoptados y adoptadas. La escuela es, sin duda, uno de los espacios principales en los que niños y niñas adoptados tendrán la oportunidad de construir nuevas relaciones, por lo que resulta recomendable que el profesorado conozca las claves para entender el desarrollo emocional de estos niños y niñas, de manera que puedan ofrecer modelos de relación positivos que ayuden a estos menores a reorganizar su mundo emocional.

APEGO Y ADOPCIÓN

Un bebé al nacer es un ser indefenso que necesita del cuidado de un adulto para sobrevivir y que llega al mundo con una predisposición a vincularse a otras personas. Afortunadamente, esa predisposición se complementa con la atracción que sienten los adultos hacia características de los bebés como la sonrisa o el llanto. A partir de ahí, se promueven interacciones que permiten el desarrollo de vinculaciones de apego y garantizan la supervivencia del bebé. A los ocho meses, niños y niñas suelen haber consolidado ya un fuerte vínculo de apego con las personas que han tenido una mayor implicación en su cuidado.

Cuando ese cuidado que la figura de apego le ha ofrecido al menor se caracteriza por la sensibilidad y la adecuada atención a sus necesidades, el niño o la niña buscará a su cuidador cuando necesite atención, se calmará cuando le consuele y se sentirá confiado y seguro para explorar el mundo físico y social cuando lo sienta cerca. Estas conductas estarán reguladas por unas expectativas o representaciones mentales sobre los demás basados en la confianza y por una percepción de sí mismo como competente y digno de amor y protección. Esos modelos internos que regulan la conducta se interiorizan y tienden a estabilizarse y generalizarse a otras relaciones posteriores, particularmente a las que implican una mayor intensidad e intimidad.

Un bebé al nacer es un ser indefenso que necesita del cuidado de un adulto para sobrevivir y que llega al mundo con una predisposición a vincularse a otras personas.

adopción, familia y escuela ▾





No todos los niños y niñas, sin embargo, tienen la fortuna de ser atendidos de manera sensible y eficaz. Pese a ello, la tendencia hacia la vinculación es tan fuerte, que niños y niñas formarán relaciones de apego incluso con cuidadores que los traten mal. Las interacciones caracterizadas por la baja calidad promueven el desarrollo de modelos internos de apego basados en la desconfianza. Cuando los cuidadores principales atienden de forma inadecuada las necesidades del menor, éste aprende a evitar al adulto para minimizar su afecto negativo, disminuyendo sus conductas de apego (por ejemplo, evitando la proximidad) y mostrándose indiferente. Si el cuidador atiende en ocasiones de forma adecuada y en ocasiones de forma inadecuada las demandas del niño, mostrando una respuesta incoherente, el menor no estará seguro de conseguir lo que necesita, por lo que intensificará su reclamo para aumentar la probabilidad de conseguir la atención demandada, mostrando un comportamiento ambivalente y un difícil consuelo. En los casos más graves, algunos niños ni siquiera conseguirán establecer una estrategia conductual de apego, mostrando comportamientos confusos y desorganizados. Cada niño o niña desarrolla el estilo de apego que le resulta más adaptativo a su contexto de crianza, un estilo que tenderá a proyectarse a otras relaciones.

Muchos niños y niñas adoptados han pasado por experiencias tempranas de adversidad, marcadas por el abandono y el maltrato, que afectan de forma muy negativa al desarrollo emocional infantil, y que han dado lugar a modelos mentales basados en la desconfianza, con representaciones mentales de los adultos como amenazantes, distantes y fríos, y de sí mismos como indignos de cariño y protección. Una vez interiorizados, estos modelos mentales les harán percibir las nuevas relaciones en base a esas experiencias anteriores y regular el comportamiento para que sea coherente a esas expectativas.

La experiencia de institucionalización también repercute en el desarrollo emocional, ya que en ningún caso un centro de acogida puede proporcionar el tipo de relación y la dedicación que una familia apropiada puede ofrecer.

Estos contextos, especialmente en el caso de la adopción internacional, se suelen caracterizar por altos ratios de niños por cuidadores, por los cambios frecuentes de personal, y por la pobre calidad de las interacciones, que limitan la atención emocional a los niños y niñas institucionalizados.

Gracias a la adopción, un menor pasa a formar parte de una familia que intenta garantizar su bienestar. La investigación ha demostrado la extraordinaria capacidad de recuperación de niños y niñas tras la adopción, recuperación que parece ser más rápida en unas áreas (por ejemplo, el crecimiento) que en otras (por ejemplo, las cuestiones emocionales). La adopción implica la separación y la pérdida de las figuras de referencia anteriores, al mismo tiempo que supone el desarrollo de nuevas relaciones de apego, peculiaridades que marcan la trayectoria afectiva de los niños y niñas adoptados.

Madres y padres adoptivos tratan de responder con afecto, sensibilidad y coherencia a las necesidades del menor, ofreciendo unos modelos alternativos a las figuras de cuidado anteriores. Sin embargo, no por estar en familias que les quieren y protegen los problemas de estos niños y niñas han desaparecido. Las experiencias tempranas de vinculación previas a la adopción y los sentimientos asociados a ellas han marcado las expectativas de los menores sobre las nuevas relaciones e influirán en la forma de comportarse con los nuevos cuidadores. De esta manera, pueden percibir la nueva relación como amenazante y mostrar desconfianza, mensajes confusos o incoherentes, constantes llamadas de atención, agresión o frustración hacia sus nuevos padres, en un intento por confirmar los modelos que anteriormente le resultaron adaptativos. Estos comportamientos y expectativas tenían un sentido en el contexto previo y cambiarlos no será fácil.

Muchos niños y niñas adoptados han pasado por experiencias tempranas de adversidad, marcadas por el abandono y el maltrato, que afectan de forma muy negativa al desarrollo emocional infantil

La investigación ha demostrado que los niños y niñas adoptados son capaces de reorganizar el sistema de apego y establecer relaciones seguras con sus madres y padres adoptivos. La persistencia que en ocasiones se observa de ciertas dificultades emocionales no tiene por qué interpretarse como que no van a cambiar, sino que necesitan más tiempo para su reajuste, por lo que padres y madres adoptivos deben estar preparados para afrontar este reto.

PROMOVIENDO LA SEGURIDAD EMOCIONAL DESDE LA ESCUELA

La escuela es un contexto de socialización donde se establecen relaciones interpersonales que son fundamentales para el desarrollo afectivo de niños y niñas y que se encuentran relacionadas con las vinculaciones de apego que se establecen con los cuidadores principales. La calidad de la relación con profesores y profesoras no solo repercute en el desarrollo afectivo, sino que también lo hace en el desarrollo social, conductual e incluso cognitivo.

Profesores y profesoras deben ser conscientes de la importancia del papel que pueden tener en el desarrollo emocional de alumnos y alumnas en general, y de los adoptados en particular. Niños y niñas adoptados necesitan modelos de relación positivos que vayan contrarriente de los generados a partir del miedo, el rechazo y la desconfianza. En este sentido, el profesorado puede promover relaciones positivas y organizar un entorno donde los niños y niñas se sientan bien y sus necesidades sean atendidas. Para ello, las interacciones del profesorado con el propio menor deben estar marcadas por la disponibilidad, la sensibilidad, la aceptación, la coherencia y la estabilidad, reforzando los modelos promovidos por la nueva familia adoptiva y consolidando el sentimiento de seguridad y confianza de estos menores. No se trata de que profesores y profesoras tengan que convertirse en figuras de apego, sino de que en su comportamiento con los niños y niñas éstos no encuentren resonancia de adultos fríos, lejanos, distantes o amenazadores.

Los problemas de atención o de impulsividad que a veces presentan, no siempre proceden de un trastorno de hiperactividad, sino que en algunos casos reflejan la afectación emocional que pueden tener a nivel interno

Con el objetivo de entender en mayor medida el desarrollo emocional de niños y niñas adoptados, es conveniente que el profesorado tenga conocimientos sobre las repercusiones que tienen las experiencias tempranas de adversidad, como el maltrato, el abandono o la institucionalización, y que conozca las implicaciones de la adopción, así como de las características y principales retos de las familias adoptivas.

Es importante que el profesorado sea capaz de interpretar correctamente las conductas de niños y niñas adoptados y entenderlas como resultado de las experiencias previas de vinculación. El significado que el profesor o profesora le otorgue a los comportamientos y expectativas de niños y niñas adoptados determinará la forma en que responda a ellos. Comprender que los

objetivos que subyacen a conductas desafiantes, desconcertantes, ambivalentes o indiferentes pueden estar relacionados con un intento por confirmar los modelos mentales de apego y los estilos de relación que les servirían en el contexto de desarrollo previo a la adopción, permitirá al profesorado ofrecer respuestas que ayuden a la reformulación de esos modelos.

La representación que el menor tenga de sí mismo, fruto del aprendizaje en las relaciones previas, puede caracterizarse por sentimientos de incompetencia y baja valía, de manera que resulta conveniente que el profesorado fomente la confianza en sí mismo, reforzando sus conductas positivas y generando expectativas de logro adecuadas a las capacidades del menor. Por su parte, la adaptación e integración al grupo de iguales suele ser rápida y positiva, sin especiales dificultades. Aún así, conviene que el profesorado esté atento por si surgiera alguna manifestación de rechazo o xenofobia por parte de otros niños, para estar seguros de actuar a tiempo impidiéndolo y lanzando mensajes claros en sentido contrario. Niños y niñas que vienen del rechazo y la separación son muy sensibles al rechazo y a la amenaza de separaciones, y a eso le pueden resonar aspectos como un profesor que critica al niño por sus dificultades de aprendizaje, un compañero que critica el color de piel o las dificultades iniciales con la lengua, o cualquier otra conducta que pueda ser vivida por el menor como un eco de cosas negativas que le ocurrieron en el pasado. La asunción de la diversidad familiar como parte del proyecto docente es otra cuestión que contribuirá a la adecuada integración en el aula de niños y niñas adoptados.



Cuadro I. *Propuestas para promover el desarrollo emocional de niños y niñas adoptados desde la escuela*

- Ser consciente del importante papel del profesor o profesora en el desarrollo emocional de niños y niñas.
- Convertirse en un modelo de relación positivo, desconfirmando los modelos negativos.
- Promover interacciones marcadas por la sensibilidad, la disponibilidad, la aceptación y la estabilidad.
- Asesorarse sobre las implicaciones derivadas de experiencias tempranas de adversidad y sobre las características e implicaciones de la adopción.
- Interpretar las conductas de niños y niñas adoptados como resultado de las experiencias previas, evitando las generalizaciones y la psicopatologización de estos menores.
- Entender que el daño emocional puede expresarse a través de problemas conductuales.
- Fomentar la confianza del menor en sí mismo.
- Promover su integración en el grupo y ayudarle a confiar en los demás.
- Incluir la diversidad familiar como parte del proyecto docente.
- Respetar el ritmo de adaptación particular al contexto escolar de cada niño o niña.
- Fomentar la buena comunicación y colaboración con las familias adoptivas.

Por otra parte, en la literatura se encuentra una y otra vez el estereotipo generalizado de que todos los niños y niñas adoptados son hiperactivos. Sin duda, bastantes lo serán. Sin duda, otros no lo son. Pero todos llevan la marca o sambenito. Los problemas de atención o de impulsividad que a veces presentan, no siempre proceden de un trastorno de hiperactividad, sino que en algunos casos reflejan la afectación emocional que pueden tener a nivel interno. Catalogar a todos los adoptados como problemáticos e hiperactivos no sólo es inadecuado, sino que ayuda bien poco a niños y niñas que lo que necesitan es consolidar una visión de sí mismos y de los adultos más confiada y positiva.

La fase de adaptación a la escuela puede ser más compleja en estos niños y niñas que han vivido separaciones y experiencias, muchas veces, traumáticas. Por ello, el profesorado ha de ser sensible y respetar el ritmo y desarrollo individual de estos menores, de manera que el proceso de ajuste se lleve a cabo de una forma adecuada.

Paralelamente, la buena comunicación y colaboración con las familias adoptivas permitirá el afrontamiento conjunto y coherente de los retos asociados al desarrollo emocional de estos niños y niñas.

En el Cuadro I resumimos algunas de estas propuestas para fomentar que el profesorado promueva la seguridad emocional de niños y niñas adoptados. Finalmente, debemos resaltar que muchos de los problemas que podemos encontrar en estos menores son comunes a los que presenta cualquier otro niño o niña y no tienen que venir necesariamente derivados de la experiencia asociada a la adopción. En último término, debemos

tener presente que cada menor adoptado ha tenido unas experiencias tempranas particulares (motivos concretos de la desprotección, experiencia o no de maltrato y de institucionalización, edad en el momento de la adopción...), que además afectan de una forma determinada a cada uno, por lo que debemos evitar generalizaciones o atribuciones erróneas, siendo conscientes de la heterogeneidad existente entre niños y niñas adoptados.

La protección de niños y niñas es una tarea que no sólo corresponde a las familias que se hacen responsables de un menor, sino que el resto de escenarios en los que el niño o la niña participa también tendrán un papel importante en su desarrollo afectivo. La experiencia escolar aporta una gran oportunidad para afianzar la seguridad emocional que se está construyendo en la familia adoptiva, por lo que ambos contextos deben colaborar para promover el óptimo desarrollo emocional de niños y niñas adoptados y garantizar así su protección. ■

Para saber más

- FERNÁNDEZ-MOLINA, M. (2010). *Acogimiento y adopción en la escuela. Un paso más en la atención a la diversidad en las aulas*. Málaga: Universidad de Málaga.
- ROMÁN, M. (2010). *El apego en niños y niñas adoptados. Modelos internos, conductas y trastornos de apego*. Tesis Doctoral. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- SAN ROMÁN, B. (2010). *Adopción y escuela. Guía para educadores y familias*. Barcelona: Blur Ediciones.